

Costa Rica 28/V/86

PERSPECTIVAS DE PAZ EN CENTROAMERICA

No se puede ser muy optimista al hablar de perspectivas de paz en Centroamérica. Aunque países como Costa Rica y Panamá no se ven acosados de momento por el peligro de guerra interna, los demás países lo tienen y, además, todos los países del istmo se ven afectados por las tensiones de guerra que se abaten sobre Centroamérica. Dentro del marco que me ofrece esta cátedra y del poco tiempo del que dispongo quisiera señalar algunos puntos que traten de ser realistas en tor no a qué hacer para que se aproxime una paz justa.

1. En cuanto a las perspectivas de paz en Centroamérica nos encontramos con una situación ambigua. Por un lado, si atendemos a la situación actual y a algunas de las fuerzas operantes en esa situación, no se puede menos de ser pesimista; por otro lado, sin embargo, puede apreciarse en el proceso que hay fuerzas poderosas en favor de la paz. De ahí que si los resultados actuales y los previsibles a corto plazo no son halagueños, el proceso mismo sí puede estimarse como positivo y esperanzador.

De momento cabe prever que los conflictos armados de El Salvador y de Nicaragua, por muy distintas razones y con muy distinta legitimidad, se vayan a agravar. La causa principal del agravamiento del conflicto en Nicaragua con sus repercusiones en toda Centroamérica es la actitud de la administración Reagan respecto de los sandinistas. Se podrá estar de acuerdo o no con el proceso político nicaraguense, pero lo que no se puede estar de acuerdo es con el intervencionismo violento y aun terrorista de Estados Unidos en los problemas internos de Nicaragua. La administración Reagan pretende derrocar a un gobierno centroamericano, que cuenta con su propia legitimidad y que desde luego es muchísimo más democrático que otros gobiernos, a los que la administración Reagan no combate con la violencia armada. El empeño por armar militarmente a los contras es una de las causas mayores no sólo del dolor y el sufrimiento del pueblo nicaraguense sino también una de las causas principales de la desestabilización de toda Centroamérica. El que los contras ocupen militarmente Honduras y no puedan mantenerse dentro del territorio nicaraguense y el que sólo ayudados por Estados Unidos puedan mantener su posición política y militar prueba no sólo su falta de legitimidad y respaldo popular sino la violación del derecho internacional que implica el apoyo norteamericano. Propiciando la guerra en Nicaragua, Estados Unidos no mira por la paz en Centroamérica sino que la hace más difícil. El presunto po-





tencial peligro que pudiera significar el sandinismo para la paz de los otros países centroamericanos estaría mucho más controlado por medios políticos, tales como los propone el grupo de Contadora.

En El Salvador tampoco el conflicto interno parece podrá encontrar pronta solución. No se prevé a corto plazo el posible triunfo militar de ninguna de las dos partes, a pesar de que ambas ven posible a mediano plazo ese triunfo. Y tampoco se ve que a través del diálogo se pueda llegar pronto a un acuerdo fundamental que termine definitivamente con la guerra. Son muchos los que afirman que la guerra hubiera terminado ya sin la ayuda millonaria que Estados Unidos envía anualmente al gobierno y a la Fuerza Armada de El Salvador. No menos de un millón de dólares diarios invierte Estados Unidos en sostener la guerra de El Salvador. Ello ha contribuido a que el FMLN no conquiste el poder, pero no ha conseguido debilitar la fuerza militar de los revolucionarios. La administración Reagan y los militares salvadoreños alardean desde hace dos años que van ganando la guerra, pero la verdad es que cada año el ejército salvadoreño sufre más bajas, mientras la guerrilla se extiende más por todo el país.

Honduras no puede decirse que esté en guerra. Pero al irse convirtiendo más en un territorio ocupado militarmente por fuerzas extranjeras que poco respetan su soberanía y al no resolverse en nada su agudo problema económico, se están gestando condiciones objetivas que pueden desembocar en un conflicto de graves consecuencias. Honduras no sólo no tiene resueltos sus más graves problemas sino que ni siquiera los tiene planteados. Por eso está en una paz aparente, pero no real; en una democracia formal pero no en una democracia real. Todavía no ha estallado el conflicto, pero el conflicto está latente y potencial.

Guatemala puede decirse que ha avanzado algo. Aunque profundamente afectada por la injusticia estructural y por el problema indígena y aunque tiene también un problema de guerrilla importante, está tratando de ser un poder moderador en el área, que cumple mucho mejor que Costa Rica con las condiciones de una neutralidad activa. No obstante, también en Guatemala se pueden empeorar las cosas, porque sus problemas profundos, lejos de irse resolviendo, se van agrandando.

¿Queda entonces alguna esperanza? La respuesta es afirmativa, porque existen



procesos vigorosos en busca de la justicia y consiguientemente de una paz que sea algo más que la ausencia de la guerra. Estas son algunas de las razones de esa esperanza, cuyo ordenamiento no está hecho en virtud de su importancia.

Centroamérica, la paz en Centroamérica se ha convertido cada vez más en objeto de preocupación internacional. Aunque la presión de Estados Unidos sobre el área es cada vez más fuerte para que no se le escape de sus manos, esa presión no se puede hacer ya sin la contrapresión de muchos países democráticos. No se trata en esto de una lucha este-oeste sino de que una gran parte de países democráticos tanto latinoamericanos como europeos están en desacuerdo con la política militarista de la administración Reagan sobre el área y alientan procesos verdaderamente democratizadores en ella. Contadora y el grupo de apoyo es una de tantas muestras de ello. Todavía la presión norteamericana es la predominante, pero el fracaso de su política y la racionalidad de quienes se oponen a ella se irán imponiendo.

En segundo lugar, los propios países centroamericanos han vuelto a sentir la necesidad de superar conflictos y de renovar antiguos esfuerzos en pro de una mayor unidad, no obstante la diferencia de ideologías, de desarrollo económico relativo y de presiones norteamericanas. Hay fuertes razones económicas para procurar una mayor unidad económica. Juntadas las razones económicas con las razones culturales y tradicionales nos encontramos con un dinamismo importante no sólo de pacificación sino de cooperación. Aunque se sigue insistiendo en el peligro que pueda suponer la revolución nicaraguense, es claro que las cosas se han serenado por parte de Nicaragua, la más dispuesta a firmar las propuestas de Contadora. La torpe cesión de Honduras a las exigencias norteamericanas con lo que esto supone de hipoteca de su propio territorio y de violación de la ley internacional no será fácil de remediar, pero es un hecho que repudia no sólo la opinión pública internacional sino también el verdadero pueblo hondureño.

En tercer lugar, se va dando mayor conciencia de cuál es la causa principal del desasosiego y de la conflictividad del área. Son la injusticia estructural con su fuerte componente de pobreza masiva y la dominación las causas principales del conflicto. Son por tanto las que deben ser atacadas con mayor decisión. Aunque no se toma todavía en el conjunto del área este punto como el central



de la política centroamericana, va imponiéndose como principal objetivo de esa política la superación definitiva de la causa más profunda y endógena del conflicto. Así como la perspectiva este-oeste conduce a la guerra, la perspectiva de la superación de la injusticia y de la miseria lleva a la paz.

En cuarto lugar está el crecimiento de los movimientos populares y su creciente maduración. Estos movimientos populares que pueden llamarse revolucionarios tienen una larga historia, sobre todo en Guatemala, Nicaragua y El Salvador. Siguen siendo un poderoso motor en favor de la superación de la injusticia estructural y de la marginación de las masas. Han sido generadores de conflictividad a la par que generadores de dinamicidad social. Lo nuevo de ellos en las actuales circunstancias es su maduración y consiguiente apertura a soluciones no violentas para alcanzar los objetivos justos que pretenden. En Nicaragua se ve esto de un modo, pero de otro modo se puede ver también en Guatemala y sobre todo en El Salvador, donde los frentes revolucionarios vienen exigiendo un proceso de diálogo y de negociación desde 1981. Se ha ido pasando de un momento de agudización de las contradicciones y de polarización de los grupos sociales a un momento de conciliación de contrarios, de apertura a soluciones más amplias. La misma prolongación infructuosa de los conflictos armados está llevando a la convicción de que los procesos de negociación son una necesidad histórica.

Finalmente podría señalarse una mayor participación de las fuerzas sociales en los destinos nacionales, y esto de una manera organizada. Va habiendo una mayor concientización social y una mayor movilización no sólo en defensa de los propios intereses sino en la preocupación por el destino político de los países y del área centroamericana. No se está dispuesto a delegar todo en las fuerzas estrictamente políticas, cuya inoperancia se sigue sintiendo. Junto a los partidos políticos van cobrando mayor fuerza no sólo las organizaciones populares sino otros tipos de organización, cuyo peso social es indudable. Así los sindicatos, las cooperativas y en otro orden de cosas la Iglesia y las universidades se van responsabilizando más de sus deberes para con la sociedad como un todo y van procurando pesar más en la marcha de la misma.

Estas son algunas de las luces y las sombras que se dan en el escenario centroamericano. Ciertamente los efectos que más se palpan y más se sufren son del todo negativos, pero no se dejan de sentir también esas corrientes profundas



que dinamizan el proceso hacia una paz justa, hacia una pacificación que tenga muy en cuenta las causas profundas del conflicto, que si no son superadas sólo pueden dar paso a apariencias de paz, mantenidas en definitiva por la violencia y la injusticia.

2. Capítulo aparte merece la reflexión sobre qué procesos democratizadores pueden contribuir a la pacificación de Centroamérica. La tesis oficial norteamericana, seguida literalmente por los gobiernos de El Salvador, Costa Rica y Honduras, y de alguna forma también por Guatemala es que la paz vendría a Centroamérica, cuando todos los países y especialmente Nicaragua entraran en un proceso de democratización. Como tal se entiende fundamentalmente un proceso que no sea marxista y en segundo lugar un proceso en el que las elecciones periódicas y libres sean el elemento fundamental que permita la alternabilidad en el poder.

Ahora bien, esta tesis está llena de ambigüedades. Lo está por parte de su patrocinador principal. La administración Reagan mantiene una práctica muy distinta en Sudáfrica, con Chile y Paraguay que con Nicaragua, probablemente porque las dictaduras de estos países no son marxistas. La voluntad popular puede esperarse 'constructivamente' en Sudáfrica, pero no en Nicaragua para la que el remedio es la violencia de los 100 millones de dólares a los contras. Pero está llena de ambigüedades también en los propios países centroamericanos, porque no es evidente sin más que la democracia se defina formalmente por el juego electoral, no siendo éste más que un medio, todo lo importante que se quiera, de conocer la voluntad popular, pero no un fin. Una larga historia de procesos electorales, falsificados desde luego pero bendecidos por Estados Unidos, en Guatemala, Nicaragua, Honduras y El Salvador no han traído bien alguno de importancia a esos países y desde luego no han sido capaces de satisfacer las necesidades básicas, no han sido capaces de defender la soberanía nacional y han sido los propiciadores de bárbaros comportamientos antidemocráticos con miles de asesinatos.

Por eso, en vez de ese planteamiento hay que empezar por otro más radical: hay que dar al pueblo lo que es del pueblo, hay que hacer justicia a la mayor parte de la población posible, hay que cumplir con las constituciones en todos sus puntos y no sólo en la formalidad de sus cambios de gobierno. No hay por qué

estar contra las elecciones, pero las elecciones son democráticas sólo cuando se dan las condiciones reales para que se tengan libremente y para que se respete su resultado. Y esto no se da por lo general en Centroamérica donde los respectivos ejércitos pueden en cualquier momento determinar que los elegidos democráticamente no dan al país la seguridad que ellos estiman conveniente y así pueden arrojarles del poder u obligarles a tomar decisiones impuestas por ellos.

Si la situación de nuestros países se define radicalmente por la miseria generalizada y por la injusticia estructural, debemos decir que el primer elemento de democratizador profundo es buscar un desarrollo económico justo que revierta rápidamente la tendencia regresiva de nuestras economías. Ese desarrollo económico no será democrático si no atiende primordialmente a la satisfacción de las necesidades básicas de las mayorías populares, porque ese es el interés y la voluntad de las mayorías nacionales. Los regímenes actuales no han logrado esto, antes es claro que la situación va a peor. Cuando esto ocurre la paz dentro de cada país sólo se consigue por imposición, por la fuerza, contra la voluntad popular que reclama más salarios, más puestos de trabajo, más oportunidades de salud, vivienda, educación, etc.

La democratización también exige desmilitarización. La desmilitarización implica dos puntos esenciales: que los militares no representen un poder autónomo dentro del país sino que estén completamente sometidos al poder civil y que los gastos militares sean reducidos drásticamente en beneficio de las necesidades sociales. De algún modo esto ocurre en Costa Rica, a la que sin embargo se le está forzando a militarizarse de distintas formas, pero no ocurre en el resto de los países centroamericanos, en los que buena parte del presupuesto se lo lleva la militarización del país y en los que el poder civil está a merced de lo que quieran hacer los militares, quienes propenden a ocupar, bajo la bandera de la seguridad nacional un papel que no les corresponde ni las respectivas constituciones les atribuyen. Países que han estado y aun están en peligro de convertir sus limitados regímenes electorales en regímenes sometidos a amenazas de golpe de estado por los militares o a severas limitaciones en el ejercicio del poder constitucional por presión de los cuarteles, no puede decirse que sean mínimamente democráticos. Tal desmilitarización no sólo llevaría a ahorrar sustanciosos recursos para el desarrollo económico sino que facilitaría la paz regional.



La democratización exige también que las Constituciones y las leyes secundarias se adecúen a las necesidades de las mayorías populares. Una Constitución y unas leyes secundarias que sean discriminatorias, que manteniendo un lenguaje formal de defensa de los derechos fundamentales sea en realidad una garantía de los derechos y privilegios de quienes ya los disfrutaban pero no una garantía para los que se ven privados de ellos, no constituyen un ordenamiento jurídico democrático. Es más importante una Constitución y unas leyes secundarias justas, esto es, que respondan al bien común que es el bien de las mayorías populares, que un sistema electoral, a la hora de valorar el grado de democracia de un país. Naturalmente una constitución y unas leyes secundarias que no sean pura letra sino que se lleven a la práctica. Si comparamos hoy lo que dicen las Constituciones centroamericanas con lo que es la práctica política usual, llegaremos fácilmente a la conclusión de que los gobiernos elegidos electoralmente no están llevando a la práctica ni de lejos los mandatos constitucionales. Consecuentemente hay que decir que no son democráticos o que su carácter democrático deja mucho que desear. Esto sin entrar en la cuestión de si las actuales constituciones responden objetiva y realmente a los intereses reales de las mayorías populares.

Igualmente es imprescindible para hablar de democracia un poder judicial honesto y eficaz. Si esto no se da, no se puede hablar de democracia. Y en los países centroamericanos no es que el poder judicial deje mucho que desear, es que, como tantos los reconocen, es una lacra impresentable. Tenemos, por ejemplo, en El Salvador donde ha resultado imposible juzgar a los responsables de 60,000 asesinatos en estos últimos siete años y ni siquiera a los responsables de asesinatos tan notorios como los de Mons. Romero o los de los dirigentes del FDR. Y no es que se carezca de pistas. Es que falta voluntad de investigar y sobra temor a encontrar la verdad. Y esto que es inmediato pasado, sigue siendo también presente actual. Lo mismo debe decirse de Guatemala y de Honduras. Ya no se trata tan solo de deficiencias técnicas sino de profundas deficiencias éticas y políticas.

Tampoco puede hablarse de democracia, si no hay un intenso cultivo educacional y cultural. Ahora bien, en algunos de los países centroamericanos, entre ellos El Salvador, es cada vez menos el dinero que se dedica a la educación no sólo en términos relativos sino incluso en términos absolutos. Cuanto menor es la educación, más fácil es de manejar la voluntad popular, que entonces no expresa



los intereses y necesidades populares sino más bien intereses introyectados. El peso de los medios de comunicación y de las propagandas gubernamentales en el área centroamericana es muy grande, y en ambos casos representa intereses partidistas y minoritarios. Los grandes diarios y las cadenas de televisión suelen estar en manos de grupos económicamente poderosos, que defienden su dinero inmediato, condicionado por los anuncios de las empresas, pero también por sus intereses ideológicos. Cuando los medios son gubernamentales también se dirige la opinión pública de modo partidista. Así la democracia es una apriencia, pero no es una realidad.

Finalmente la actual coyuntura centroamericana lleva a subrayar el pluralismo como un elemento principal de la democracia. Pluralismo dentro de cada uno de los países sin exclusivismos de ninguna clase, de tal forma que se deje de ver a las formas marxistas de hacer política como algo intolerable. Pero, sobre todo, pluralismo dentro del área centroamericana. Las situaciones sociales y políticas son el área muy diversas porque el desarrollo de las condiciones objetivas y de las subjetivas son distintas. Puede y debe admitirse que de más progresistas a menos progresistas se pueden admitir regímenes distintos en Nicaragua, El Salvador, Guatemala y Honduras con diferencias que pueden y tal vez deben ser importantes. El pluralismo intranacional debe ser también un pluralismo internacional en toda Centroamérica. Debe dejársele a cada país, siempre que no caiga en una sistemática y grave violación de los derechos humanos que están por encima de los derechos nacionales, seguir su propio rumbo y demostrar a los otros cuál es la mejor forma de dar bienestar a la mayor parte de su población. No tenemos por qué aceptar la prescripción norteamericana de qué regímenes son democráticos y de cuáles no. El pluralismo es esencial a la democracia al par que la democracia es en sí misma pluralista, pues puede ser concebida de distintas formas, porque en definitiva la democracia no es otra cosa que la conformación de los pueblos y de sus regímenes sociales, culturales, económicos y políticos conforme a las necesidades objetivas y a las voluntades iluminadas de los pueblos.

3. Las medidas a corto plazo para evitar la guerra y para fomentar la paz pueden ser de momento las siguientes. Ante todo, que salgan del área las potencias extranjeras y especialmente la que más inmiscuida está que es Estados Uni-



dos, pero también la Unión Soviética en la medida en que lo esté. Así como son buenas las relaciones dignas y justas especialmente con Estados Unidos por su proximidad y el peso de su realidad, no lo son las actuales relaciones que son de dominación y de imposición. Esto que se ve más claramente en los casos de Nicaragua y de El Salvador por la componente militarista de la imposición, es también fácilmente perceptible en Honduras que está prácticamente invadida por dos ejércitos extranjeros, a los cuales le va a ser muy difícil sacar de su país y de sus asuntos internos. Pero desde un punto de vista económico es también muy visible en Costa Rica, que ve hipotecada su voluntad de neutralidad por la presión inmisericorde de Estados Unidos, que se aprovecha de la aguda crisis económica padecida por este país.

Distinto es el caso de los países del grupo de Contadora. Los países latinoamericanos no pueden verse como extraños en el área centroamericana, si actúan en el marco de la dignidad latinoamericana y no como lacayos de Estados Unidos. Por ello deben ser bien acogidos los esfuerzos del grupo de Contadora y del grupo de apoyo. El perfeccionamiento, firma y cumplimiento del acta de Contadora debe ser un imperativo para la paz en Centroamérica. La dificultad de lograrlo no está tanto en Nicaragua, que repetidas veces ha mostrado su voluntad de firmar, sino en las presiones de Estados Unidos que mira por sus intereses y no por los intereses de Centroamérica. Decir que el grupo Contadora apoya a Nicaragua no es argumento para desautorizarlo, primero porque no es así y segundo porque, si en algo favorece al sandinismo, es porque ese favorecimiento es razonable a ojos de sesudos países democráticos latinoamericanos.

Mucho favorecería también el acercamiento de la paz en el área el fomento del diálogo y de la negociación en Guatemala y, sobre todo, en El Salvador. El Salvador lleva ya más de cinco años y medio de guerra declarada entre las dos partes en conflicto. Esta situación no es sólo catastrófica para el país y ha causado ya gravísimos males de toda índole sino que pone en peligro la paz de toda Centroamérica. La guerra no ha sido capaz de terminar con la guerra, las elecciones no han sido capaces de terminar con la guerra. En consecuencia el diálogo se convierte en una necesidad histórica, que debe afrontarse con creatividad y audacia, puestos los ojos no en recetas formales de democracia sino en los intereses justos de las mayorías populares.



En este sentido el cese de la ayuda militar de Estados Unidos especialmente en el caso de los contras, no es sólo una exigencia de la democracia y del derecho internacional, sino que no se puede hablar de espíritu democrático y democratizador, sino que es una necesidad para la paz. Esa ayuda a los contras puede llevar fácilmente a la regionalización del conflicto y consiguientemente a un gravísimo empeoramiento de la situación, que los centroamericanos no podríamos aceptar bajo ningún condicionamiento ni presión. Las discrepancias con Nicaragua deben resolverse a través de diálogos bilaterales o multilaterales. Si hay puntos difíciles de llegar a un acuerdo, han de buscarse mediadores. Y si los mediadores no bastan, está el Tribunal internacional de La Haya para determinar quién actúa y quién no actúa conforme a derecho. Querer llevar adelante las propias posiciones por la fuerza, sobre todo cuando se pide prestada esta fuerza a potencias extranjeras, es un delito de lesa centroamericanismo.

Estos son los tres puntos que había prometido tratar someramente, tal como lo exige una breve participación en una mesa redonda. Son discutibles, claro está, en parte por sí mismos y en parte porque no hay tiempo para precisarlos y fundamentarlos mejor. Los males de Centroamérica son grandes y gravísimos, son profundísimos. No se van a curar con pequeños remedios. Pero pequeños pasos pueden ir acercándonos a los grandes remedios. Es un desafío histórico.